

LA BIBLIA

CONTADA A TODAS LAS GENTES

Texto de María Tabuyo Ortega

Ilustraciones de José Ramón Sánchez



LA BIBLIA

CONTADA A TODAS LAS GENTES

Texto de María Tabuyo Ortega
Ilustraciones de José Ramón Sánchez

Prólogo:

Gustavo Martín Garzo

Introducción:

María Tabuyo Ortega
y José Ramón Sánchez



© del texto: María Tabuyo Ortega, 1997
© de las ilustraciones: José Ramón Sánchez, 1997
© del prólogo: Gustavo Martín Garzo, 1997
© de esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

1.^a edición, marzo 2018

ISBN: 978-84-698-4639-1
Depósito legal: M-359-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

LOS COMEDORES DE LETRAS

En una antigua escuela rabínica los maestros, para enseñar a leer, dejaban caer sobre las letras un hilo de miel. Los niños debían pasar por ellas su pizarrín, y llevárselo a los labios. Así, al tiempo que aprendían a memorizar las letras, saboreaban la miel que había en sus trazos. La enseñanza era clara, el conocimiento es dulce. Pero también las letras, las palabras son algo más que una mera abstracción, forman parte de la realidad. Aún más, la fundan. La realidad está sostenida por las palabras. Lo que no es distinto a decir que es en las palabras donde se guarda el verdadero sentido del mundo.

La Biblia así, no sería exactamente un libro, no al menos en el sentido que lo son los otros libros, sino un libro cuyas palabras, cuyas páginas son comestibles, que nos debemos comer para entender. Ezequiel lo hizo, como lo hizo san Juan. En el *Apocalipsis* un ángel le ofrece un libro, y él se lo come. Los rabinos de nuestra historia no hacen sino repetir esa escena. El templo de Jerusalén se construye sobre el Arca, que contiene el pacto hecho con Dios, y que a su vez los judíos llevan consigo a través de los largos años de su éxodo en busca de la Tierra Prometida. Un pueblo que adora a un libro, que cree en el poder de las letras y de las palabras escritas en él. «En el principio existía la palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Todo fue hecha por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe». Así empieza el evangelio de san Juan que, después de afirmar que es en la Palabra donde está la vida, continúa: «El mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, pero los suyos no la recibieron. Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria». La historia implícita en la Biblia sería entonces la historia del descubrimiento de ese origen verbal. El jardín primero se confundía con un libro, un libro que hablaba solo. Hemos sido expulsados de ese libro-jardín, pero gracias al lenguaje tenemos la posibilidad de regresar a él, porque la naturaleza de las palabras es paradisiaca. Es eso lo que quieren decir a sus niños los maestros de la escuela rabínica. La miel que tienes que buscar no es la que yo pongo sobre las letras para que tú aprendas a reconocerlas, sino la que estas guardan en lo más escondido de sí mismas, porque cualquier letra antes de que tú la vieras escrita fue un rastro de miel. De forma que leer la Biblia (y por extensión cualquier libro) es querer vivir solo de palabras, o mejor dicho de la miel que segregan las palabras, que es un signo de su naturaleza adánica.

Esa naturaleza adánica, esa presencia del paraíso en la tierra, es una de las constantes de la Biblia, que está llena de relatos que nos dicen que el paraíso, nuestra primera biblioteca, no es algo perdido, sino que forma parte de este mundo, solo que como reino interior. Pensemos, por ejemplo, en la historia de la burra de Balaán. Balaán se dirige a maldecir a los judíos y un ángel interrumpe su camino. Él no le ve, pero la burra se da cuenta. Así, y en una de las escenas más cómicas y cautivadoras de la Biblia, Balaán debe enfrentarse al absurdo de que sea una burra, es decir, un animal, quien repare en lo que él mismo es incapaz de percibir, en la presencia de un ángel en el camino. Esta situación vuelve a repetirse en la historia de Gedeón, cuando la piel de cordero se empapa de rocío, mientras lo demás permanece seco, o cuando Dios pide a Moisés, que no sabe hablar, que vaya a ver al faraón y abogue en favor de su pueblo, o en la escena del maná y en la de la Anunciación. En todas estas historias la palabra de Dios se revela o bien allí donde hay una ausencia de lenguaje

(la burra, la piel de cordero) o bien donde el hombre se encuentra en una situación de carencia, donde la desesperanza, la inconmensurabilidad o el asombro (pensemos, respectivamente, en los judíos vagando por el desierto, en el Moisés anterior a su visita al Faraón, y en la María de la escena de la Anunciación) le impiden hablar, como el maná solo pudo caer del cielo ante los ojos exhaustos de un pueblo que había perdido la esperanza. ¿Y es tan insensato hablar de esos copos blancos que poblaron súbitamente el cielo como de una lluvia de letras, y del pueblo judío —y en nosotros mismos en la medida en que al leer su Libro formamos parte de él—, como de un pueblo de comedores de letras?

Pero la Biblia no es solo la historia de esa relación de una divinidad que solo sabe vivir en las palabras con estos comedores. Es un libro hecho de fragmentos, que nos hacen pensar en la existencia de un corpus más amplio, en una biblioteca anterior, dispersa y en gran parte perdida, de la que estos restos son apenas una pequeña y desordenada muestra. Porque esa es la impresión que nos produce su lectura, la de un libro hecho de restos de otros libros, ordenados con una cierta precipitación. O arbitrariedad. Sin embargo, la intención es clara. Y basta con ver su estructura circular. Empieza con el *Génesis*, y termina con el *Apocalipsis*. Es decir, se abre con el relato de la expulsión del paraíso, y se cierra con el relato de la destrucción del mundo y del regreso a ese paraíso perdido. Su sentido no admite discusión. El hombre ha sido expulsado de su verdadero reino, el reino para el que se le creó, y debe regresar a él. La vida es una prueba. Superada, accederá a ese reino, y recuperará su naturaleza gloriosa. Pero para lograrlo debe respetar la Alianza, el pacto hecho con Dios. Ese pacto escrito está implícito en este libro. Formaría algo así como esa escritura de miel, que los rabinos a los que me referí al comienzo de este prólogo tratan de hacer visible ante los niños que aprender a leer. Aprender a leer no es así el aprendizaje de la cultura, sino aprender a deletrear las palabras de Dios. Esas palabras son dulces, como lo es el conocimiento, en la medida en que nos ayuda a escucharlas, y la enseñanza implícita en ese libro es que escucharla de verdad es recuperar esa naturaleza primera, la que teníamos en el paraíso.

Ese sentido general no anula sin embargo la impresión de que la Biblia es un libro roto, fragmentado. Y con ella la de otro mensaje implícito, tal vez no querido por sus propios compiladores: que la vida del hombre solo puede expresarse en un conjunto de textos incompletos, dispersos, reunidos al azar, siempre con la certeza de que otros, tal vez más decisivos y amigables, podrían haber estado en su lugar. He escrito amigables porque, ciertamente, la Biblia es un libro severo, lleno de terribles admoniciones, de pruebas espantosas, que no podemos leer sin temor. Un libro tenso, difícil, antipático y duro. Por el que pasamos estremecidos sintiendo el peso de toda la gravedad, de la vigilancia o el desdén de su Dios.

Y sin embargo ese Dios es un Dios de amor, o al menos eso es lo que una y otra vez no deja de repetirnos María Tabuyo, la autora de esta nueva y singular, por su rara penetración y delicadeza, versión de la Biblia. Un Dios que confundido por la falta de carácter de su criatura predilecta, el hombre, realiza un gesto de sublime incompreensión, asumiendo él mismo la condición humana. ¿Para ofrecerle una última oportunidad, haciéndole ver sus excesos y sus múltiples errores? Es una hipótesis sensata. Dios se transforma en un hombre al objeto de hacer a este consciente de sus delirios y recordarle la existencia de un pacto. Pero hay otra posibilidad. Dios está fascinado por sus criaturas, y desea ser como ellas. Su actitud no sería distinta a la del adulto que, al ver jugar a los niños, quiere ponerse a su altura para ser aceptado en el juego. Surge así una imagen de Dios que poco o nada tiene que ver con la de ese Dios supremo, siempre descontento de la conducta del hombre, que es su mayor perseguidor y su juez más severo. Un Dios que se detiene a contemplar lo creado y que desea estar

entre sus criaturas, participando de sus goces y de sus tribulaciones. Que es temblor y contemplación. Es decir, lenguaje, palabra encarnada. ¿Pero esta idea tan sugestiva, tal vez tan actual, es compatible con la severidad de la Biblia y de su Dios iracundo? María Tabuyo piensa que lo es, y de ahí su constante reivindicación del amor a la hora de hablar de la Biblia.

Porque ¿no es acaso a través del amor cuando empezamos a hablar? Pensemos en lo que pasa con un niño que balbucea sus primeras palabras. No es la ausencia de su madre la que pone en sus labios la miel de esos primeros nombres, sino su presencia (y de hecho la locura, y todos los niños enloquecen en caso de ausencia prolongada de su madre, es privación de lenguaje). La facultad de hablar nos la da el encuentro con lo que amamos. En el caso de un niño el encuentro con su madre, y a través de ella con todas las cosas y las criaturas del mundo. Todos los niños, en estos momentos iniciales, los de la adquisición del lenguaje, reproducen la escena en que Adán en el paraíso va dando a los animales sus nombres. Esos nombres son afirmación, encuentro gozoso. El dedo que señala es el dedo que recoge la miel.

Pero de lo que suele hablar la Biblia, y de ahí la impresión de siniestra oscuridad que tantas de sus páginas transmiten, es más bien de la pérdida de esos primeros nombres, de ese primer lenguaje. Historias como la de la rivalidad entre Caín y Abel, la del diluvio universal, la de Abraham llevando a sacrificar a su hijo, la historia de cómo Jacob se hace con la primogenitura, la de José. El visionario y sus hermanos no dejan ninguna duda acerca de que es así, pues todas ellas son historias de pérdidas y sometimientos, de rencores y engaños, capítulos estremecedores de la historia universal de la infamia. Pero también es cierto que no le haríamos justicia si no fuéramos capaces de ver en ella los restos fragmentarios de otra historia más oculta y secreta, hecha de inesperadas delicadezas. Las historias de Agar y el pozo, la de la burra visionaria de Balaán, y la de la resurrección de un niño por parte de Elías, la historia de la planta de ricino sobre la que se acuesta un Jonás agotado, y en la que descubre los gozos inesperados del mundo, la historia inolvidable de la salvación de los animales en el Arca, la del encuentro de Jacob y Rebeca a la orilla del pozo, que es la historia de todos los amantes, y la de la lucha de Jacob con el ángel, forman una corriente no por sumergida menos decisiva y constante. Cada uno de estos dos grupos de historias se resume en un libro paradigmático, el *Libro de Job* y el *Cantar de los cantares*. Ambos contienen la Biblia entera, y son sin duda dos de los textos más altos que han sido escritos jamás, tal vez porque es donde se formulan las dos preguntas esenciales que nos constituyen como seres humanos. La pregunta sobre el sufrimiento y la pregunta sobre el amor.

¿Pero de qué trata el *Libro de Job*? Para María Tabuyo la historia de Job es la historia de una obstinación a lo humano. Job es un hombre justo, temeroso de Dios, al que sin embargo Este decide poner a prueba. Empiezan a acumularse las desgracias, y Job asiste perplejo a ese espectáculo, el de su miseria, que no es otro que el espectáculo del dolor y de la injusticia. Acepta esas desgracias, pero no las entiende. De vez en cuando bajan sus amigos a conversar con él. Le hablan de pruebas, de la redención a través del sufrimiento, pero Job se niega a aceptar sus razones, porque desde una perspectiva humanista el sufrimiento es inútil. Es uno de los pocos personajes griegos de la Biblia, en la medida en que para él la relación con su Dios, con la desmesura, lo ininteligible, no debe ser a costa de su vida en la polis. El hombre no puede perder esa relación con los que son como él sin enloquecer, o perder su humanidad. Por eso Job no acepta ese destino de oscuridad, y su resistencia hace del dolor el verdadero enigma de la vida del hombre.

¿Qué significa entonces el *Cantar de los cantares*? ¿No es un disparate ponerle junto al *Libro de Job*? ¿Acaso dos textos tan diferentes pueden considerarse capítulos

de un único libro? Porque aquí no hay dolor, sino una explosión de gozo. Y gozo humano, pues este Canto no es otra cosa que un conjunto de poemas que celebran el encuentro entre los amantes y las delicias de la unión amorosa. El rabí Akiba dijo que no hubo momento más decisivo que aquel en que ese canto, el más hermoso que se ha escuchado en la tierra, fue confiado a Israel. Su tema es evidente, el amor es más fuerte que la muerte. Pero hay más. Mallarmé afirmó que el universo solo ha podido ser concebido para transformarse en un hermoso libro, y todos los que son conscientes de ello, y luchan por incrementar los poderes de la palabra, trabajan en esa tarea. Los amantes son su paradigma. No les basta la percepción del embeleso, el raptó del instante, sino que necesitan hablar. Hacer de sus propios cuerpos un espacio sonoro, de temblor y contemplación. El *Cantar de los cantares* lo expresa de una manera absoluta. Hasta el punto de que, siguiendo a María Tabuyo, y su defensa apasionada de la Biblia como el texto central de una religión del amor, podemos afirmar que el corazón de la Biblia es este Canto. Aún más, que fue la escritura de ese canto la que Dios entregó a Moisés en el monte Sinaí, sellando con ella la alianza entre Él y su pueblo. El fruto de esa alianza no debía ser otra cosa que la palabra viva, encarnada, la que guarda la memoria y las promesas del cuerpo del amor.

«El sexo es la raíz, el erotismo es el tallo y el amor es la flor —ha escrito Octavio Paz—. ¿Y los frutos? Los frutos del amor son intangibles y ese es su verdadero misterio». Pues bien, el *Cantar de los cantares* habla de esos frutos intangibles. O mejor dicho, nos dice que esos frutos son las palabras. Ese es su único argumento. No el encuentro entre los amantes, ni la dicha que encuentran en su unión, sino su necesidad de hablar. Esa necesidad abarca al mundo entero, y así vemos que los amantes para referirse el uno al otro hablan de ciervos, higos, corderos, grano, violetas, mirra. El cuerpo amado se confunde con el mundo, pero también con un libro. Un libro escrito con miel.

Eso es lo que reclama Job a su Dios, ese rastro de miel. Porque esa es la misión del hombre, transformar el universo en un libro. Tal vez por eso, ninguna imagen resume mejor a la Biblia que la del encuentro de María, una muchacha de Galilea, con el ángel mensajero de Dios. En esta escena está implícito el *Cantar de los cantares*, pues el amor humano no es sino exponer el cuerpo a las palabras del otro. O dicho de otra forma, el cuerpo del amor es un cuerpo sonoro, que habla y se transforma con las palabras. El instante supremo es el *fiat*, y María es por ello la amante más pura. «Hágase en mí según tu Palabra». Es la palabra, el canto, la que la hace concebir un niño. Un niño, pues, que estará hecho de palabras, que será portador del temblor. Pues el momento del *fiat* es el momento del consentimiento, el momento en que la muchacha tiembla. Y el *Cantar de los cantares* es puro y soberano temblor.

Es así como nace el mundo. Para que esto sea posible Dios tiene que apartarse, hacer un vacío. O dicho de otra forma, tiene que esconderse para que el mundo pueda aparecer. El cuerpo que se esconde es el cuerpo que empieza a hablar. Al hacerlo escapa del caos, de la no significación, y se transforma en un libro. Ese libro es el que Dios da a Moisés en el monte Sinaí, y el que los judíos llevan de un lado para otro en el Arca de la Alianza. Es el libro que sella su pacto con Dios, que se confunde con el mundo. El Arca de la Alianza no es distinta al Arca que construyó Noé, y el libro es el mundo. El mundo es el resultado de la alianza. Apenas es nada, un minúsculo punto en el espacio. Vaga en medio de la noche inmensa. Tal vez sin destino, ni esperanza. Pero hablar es mantener ese orden del interior del Arca, recordar que hubo un pacto. Confiar en el milagro de la rama del olivo.

Toda la literatura habla de ese milagro, o, mejor dicho, nos hace asistir a él una y otra vez. Las palabras de los poetas son las que vuelven al Arca con una ramita en el pico, señal inequívoca de que a algún sitio han llegado, aunque no sepamos a cuál.

Un lugar que a la vez nos aguarda y nos está vedado. Que reconocemos para perder al instante. La Biblia habla de ese lugar. Tal vez por eso nuestra primera obligación es leerla con una mirada ingenua, al margen de los sacerdotes, como si fuera un texto que se acabara de descubrir, del que nunca hubiéramos oído hablar. María Tabuyo lo consigue, y por eso su Biblia es necesaria y hermosa. Ella nos pide que la leamos así. No como un texto sagrado, ni siquiera como un libro con valor antropológico, sino como un libro más. Un libro que solo puede justificarse desde el ámbito de la lectura, y cuya belleza le sitúa al lado de las grandes obras producidas por el espíritu humano, al lado de la *Divina Comedia*, de *El Quijote*, de los Poemas de Emily Dickinson, de la obra de San Juan, de la de Franz Kafka y la de César Vallejo. Aún más, todos esos libros son fragmentos, restos de un único libro, perdido y vuelto a reencontrar en cada uno de ellos, el libro fundacional de nuestra conciencia. Un libro de libros, cuyo tema es el amor, y el encuentro con el cuerpo del amor. Leer es querer reencontrarse con ese único libro, que se confunde con el mundo.

Hay un momento en la Biblia que resume lo que quiero decir. Se trata de la lucha de Jacob con el ángel. Jacob se lo encuentra en la noche y lucha con él. O mejor dicho, le agarra, le impide que desaparezca. No importa lo agotado y herido que pueda estar, pues no suelta su presa. El ángel, mitad conmovido, mitad hartado, le pregunta al fin lo que quiere. «No te soltaré hasta que me bendigas», le dice Jacob. Y el ángel le da su bendición. Para saber en qué consiste ese gesto de suprema intimidad tendríamos, una vez más, que preguntar no a los sacerdotes, sino a los amantes. Cada palabra, cada caricia que se dan es una bendición del otro. Y eso es ser bendecido, descubrir el acceso a esas palabras que ya no hace falta entender que se comen, porque son dulces.

GUSTAVO MARTÍN GARZO

LA BIBLIA CONTADA A TODAS LAS GENTES

La pregunta acerca del origen, del porqué y para qué de la existencia, forma parte ineludible del vivir y es imposible acallarla; retorna una y otra vez, se cuela por cualquier resquicio, disfrazada de sueños o agazapada en el miedo.

En todo tiempo, en todo lugar, los seres humanos buscaron respuesta, con asombro o temor, a hechos tan cotidianos como el nacer y el morir, como la alegría y el llanto. Y en todo tiempo, en todo lugar, se encontraron con ese misterio mayor que nos envuelve y constituye y del que formamos parte, el Misterio de la Vida o, utilizando el lenguaje religioso, se encontraron con lo Sagrado. De ese encuentro dan cuenta con el único lenguaje capaz de respetar su experiencia, el lenguaje del símbolo y del mito, del canto y el poema. La humanidad se piensa a sí misma, se dice a sí misma aquello que la sobrepasa, y se narra en relatos que expresan su historia más honda, de amor o desesperanza. Relatos que se cuentan una y otra vez, de generación a generación, que van tomando cuerpo hasta quedar fijados en la raíz del pueblo, forjando una memoria que no cabe en el tiempo, que traspasa las fronteras acostumbradas y da paso a la maravilla: así nacieron las grandes tradiciones religiosas, que no pueden por tanto entenderse en un plano historicista, ya que la moderna concepción de la historia les era totalmente ajena, y tampoco parece que sintieran por ella el menor interés.

Captar su experiencia, aprehender sus enseñanzas, atreverse también a preguntar, supone una ruptura de nivel, abrirse a las diferentes dimensiones del lenguaje simbólico, y dejar a un lado tópicos y prejuicios. Esto no significa olvidar cualquier tipo de análisis sino, por el contrario, integrarlos; recoger los datos que nos brinda la investigación, situarlos en su lugar y, después, exponerse al texto tal como se nos da, para que así se nos muestre y, tal vez, nos revele aspectos desconocidos de nuestro ser.

La capacidad de asombro no se opone a la razón, y quizás los sueños sean lo más verdadero de nosotros mismos. Como dijera alguien tan poco sospechoso de irracionalidad como Albert Einstein:

«El más bello sentimiento que se puede experimentar es el sentido del misterio. Esa es la fuente de todo arte verdadero, de todo conocimiento verdadero. Quien no ha conocido nunca esta emoción, quien no posee el don del maravillamiento y el arrobamiento, tanto le valdría estar muerto: sus ojos están cerrados».

LA BIBLIA...

Pero cada pueblo se aproxima a lo que llamamos Misterio con lo que, en alguna medida, constituye sus señas de identidad, señas que a su vez se ven iluminadas y constituidas por ese Misterio. En el horizonte religioso de la humanidad, la Biblia se presenta con características propias y sorprendentes; quien por vez primera se acerca a ella puede sentirse confundido. Admirado en ocasiones, conmovido por la belleza de muchos de sus textos, espantado por la dureza de otros o perdido entre legislaciones minuciosas, quizás se pregunte dónde queda lo religioso, o lo que habitualmente se comprende como tal. Y, sin embargo, es ahí, en esa diversidad en la que

tienen cabida las luces y las sombras, el canto y el lamento, la grandeza y la miseria del vivir, es decir, en la totalidad de la existencia humana, con toda su crueldad, pero también con toda su hermosura, donde brota el elemento religioso. En ese tejido entremezclado se muestra la experiencia del encuentro de un pueblo con su Dios y el largo camino hacia la liberación.

La Biblia no es un libro de historia, aunque narre una historia y esté marcado por ella, pues fue en la historia donde Israel descubrió a su Dios y se constituyó como pueblo. No es en realidad un solo libro, sino un conjunto de libros que, a pesar de sus diferencias, mantienen un mismo hilo conductor, a veces escondido. En ella se hallan mito y poesía, relato histórico y leyenda, anales de corte y oración, ley y profecía, cantares y proverbios, apocalipsis y sabiduría, cartas y consejos..., es decir, dos mil años de la historia de un pueblo que cuenta una y otra vez, con todos los medios a su alcance, su extraordinaria relación con Dios a través de las vicisitudes de su larga existencia. No es tan solo la historia de un pasado; la Biblia es el «libro de vida» del pueblo de Israel, constantemente leído y meditado, donde los creyentes aprenden cómo vivir, qué vivir, para qué vivir.

Es también la historia de una reflexión, de un asombro, de un sueño; de la pregunta permanente que ocupa a todo ser humano, la pregunta por el principio y por el fin; es, finalmente, la historia de una promesa y la historia de una esperanza.

Judaísmo y cristianismo tienen en la Biblia su Escritura Sagrada, y ello la divide en dos partes: Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. La palabra «testamento» es traducción del hebreo *berit*, que significa «alianza», y de dos pactos o alianzas trata el gran libro. Hacia el siglo XIII antes de Cristo tuvo lugar la alianza primera que Dios estableció con su pueblo, Israel, por medio de Moisés. A partir de entonces, el pueblo hebreo reguló su existencia de acuerdo con ella, y vivió y vive a la espera del cumplimiento definitivo de la promesa. Su Biblia es el Antiguo Testamento.

Para el cristianismo, en Jesucristo se cumple la promesa de Dios, se establece la alianza nueva y definitiva, y de ello da cuenta el Nuevo Testamento. Pero también el Antiguo pertenece a la Biblia cristiana: fue la Escritura santa de Jesús y de sus discípulos y discípulos primeros, miembros del pueblo judío y, por tanto, también para ellos «libro de vida».

Para los creyentes de ambas religiones, la Biblia es al mismo tiempo palabra humana y palabra de Dios, dirigida a todas las gentes, que transmite fielmente la voluntad y los designios divinos en clave de salvación y liberación, de justicia y amor.

... CONTADA A TODAS LAS GENTES

Este trabajo quiere situarse en el marco de comprensión del hecho religioso considerándolo un horizonte abierto, sin exclusivismos ni exclusiones; bastante sufrimiento existe ya en el mundo para añadir una gota más de dolor, para sumar razones que pretendan justificar el dominio de unos seres sobre otros, o la univocidad y restricción de la verdad y la experiencia humanas. Quiere ensanchar límites, no cerrarlos. Contempla la religión como hondura, como posibilidad de libertad y de belleza, de creación y de bien. Ciertamente, en el nombre de Dios se han cometido las mayores atrocidades, se han justificado las peores infamias. Pero es cierto también que ese nombre, esa experiencia, ha dado lugar a obras de hermosura impensable, ha propiciado vidas plenas de sentido, búsqueda ardiente de igualdad y justicia, de un mundo mejor para todos los seres. Es un suelo profundo en el que han crecido pasiones y deseos sin límite, donde la humanidad ha soñado sus sueños

mayores, lo peor y lo mejor de sí misma, y de ello dan cuenta testimonios numerosos en el campo del arte, de la literatura, de la música, que al menos como muestra queremos recoger.

Por otra parte, en el terreno de lo religioso tiene la Biblia un lugar fundamental, especialmente para nosotros, hombres y mujeres de esa parte del mundo llamada Occidente. En ella están nuestras raíces, lo queramos o no; ella ha dado forma a gran parte de nuestro imaginario y sin ella queda sin sentido el enorme bagaje cultural que nos constituye. Desconocerlo es también ignorar parte de nuestra identidad, y no es cosa baladí perder la memoria, sobre todo en un tiempo en el que abundan intentos totalitarios.

Y en ese horizonte abierto de lo narrado, donde habitan los sueños, se sitúa esta Biblia contada a todas las gentes, que no es toda la Biblia ni pretende sustituirla. Su intención primera fue la de acercar el texto bíblico de manera sencilla, al alcance de todos, tratando de mostrar, de recorrer los pasajes más significativos, recogiendo el hilo conductor que da continuidad y sentido a esos textos. No busca responder todas las preguntas, sino, por el contrario, suscitarlas, dejar que afloren sin miedo, aunque algunas queden sin respuesta, pues el lenguaje bíblico narra una experiencia que puede parecer distante, que nunca lograremos apresar del todo, pero con la que podemos dialogar en libertad desde nuestra propia experiencia.

En ese empeño primero el libro mantiene una doble estructura. Por una parte, el texto bíblico, del que se conserva en la medida de lo posible el lenguaje, de gran belleza, para que hable sin interferencias. A continuación, y por debajo, surge otra narración en la que se ofrecen datos suficientes para que el lector pueda ir adentrándose en el texto y comprender por sí mismo sin dar demasiadas cosas por supuestas. Esta narración no es ni exhaustiva ni objetiva —no puede serlo—, pero apuesta por una nueva mirada, la de cada cual, que todas y todos poseemos y que a ninguno se nos ahorra. Nace de la convicción de que, en definitiva, los seres humanos estamos hechos para el amor, para la belleza, para la libertad, y que esos son otros tantos nombres de Dios, de la divinidad que nos habita y habita todo cuanto es, aunque la historia y los hombres se empecinen una y otra vez en lo contrario.

En esta Biblia faltan textos, algunos especialmente queridos por mí, pero había que optar por una selección que ofreciera una visión de conjunto, sin demasiadas complicaciones, en la esperanza de que, después, se acudiera al Libro, pues nada puede sustituir ese encuentro asombroso que es la lectura directa, sin intermediarios. Es ahí, desde esa mirada libre, donde podemos encontrar de nuevo la dimensión poética y liberadora del lenguaje y la experiencia religiosa, su inmenso poder de evocación.

Evocación que queda aquí reflejada, pues se recoge también una antología de textos literarios que tienen como fuente o como tema la tradición bíblica, así como sugerentes trabajos sobre arte, música y pedagogía, sin olvidar las excelentes ilustraciones que jalonan el libro. Existen, pues, distintos niveles y posibilidades de lectura..., queda tan solo ponerse a ello.

María TABUYO ORTEGA

COMO EN UN ESPEJO

La tentación de ilustrar una Biblia es grande. La de hacerlo cediendo al encanto de la épica aneja a los protagonistas de tantas aventuras, prácticamente irresistible. Yo la experimenté. Hace ya dos años y pico que cedí a su encanto, y en dos meses tenía un centenar de dibujos a lápiz de patriarcas, reyes, profetas y apóstoles. Me sentí muy satisfecho, porque pensé que aquello era precisamente el objeto de una vocación: patriarcas que conducen al pueblo a través de mil parajes, reyes triunfadores de batallas multitudinarias, profetas que claman con fiereza y apóstoles que propagan el mensaje de Dios hasta el último confín del mundo.

De pronto, a través del gesto vago del editor del Libro, comprendí que el Editor de todas las cosas prefería la brisa a la tormenta, la esencia de los hechos más que su presencia reflejada en grandes enfrentamientos y milagros espectaculares. Supe que tenía que salir «sin alforjas ni sandalias», empezar en el desierto como el profeta. Allí no tenía nada de cuanto había llenado mi vida de artista. Al desierto no podía llevarme mis pinceles favoritos, mis colores deslumbrantes y mis composiciones barrocas. En el desierto solo estaba Él.

Y empecé a vislumbrar todo cuanto se ocultaba tras las dunas: verdes praderas para reposar, manantiales de agua fresca para saciar la sed, árboles frondosos de sombra acogedora, atardeceres serenos que cerraban la jornada... Y en todos aquellos parajes no encontré la imagen que yo había almacenado en la memoria: el Dios entrado en años de blanca cabellera y barba poderosa no me apuntaba con su dedo ni me fulminaba con su mirada. Yo solo veía colores, luces, lejanías y un halo de misterio en movimiento que todo lo rodeaba. Entendí que yo era parte de aquel pueblo errante que buscaba con desesperación. Empecé a llenar las páginas de la Biblia según este *stil nuovo*.

A veces me pregunto si no hubiese sido más eficaz aquella visión de antaño cuando los héroes y las aventuras llenaban mis lienzos y mis papeles. A veces me pregunto si se entenderán de inmediato estas imágenes, si no será un lenguaje demasiado misterioso para nosotros, hombres y mujeres de hoy que exigimos evidencias. Él, el Editor de todas las cosas, no responde. Su silencio algunas veces me turba y siempre me sitúa al acecho. «Habla, Señor, que tu siervo escucha».

No creo que, como casi todos los hijos, trate de matar la imagen del padre, porque ni siquiera tengo su imagen clara. Solo sé que Él está en las cosas que viven, en los arroyos que fluyen y en los vientos que soplan; en la cima de la montaña y en los abismos del mar. Quizá, en mi locura de siempre, pienso que también habita en el fondo de mi corazón.

Hoy, desde la última vuelta del camino, he intentado reflejar esa presencia amorosa y misteriosa, esos destellos de luz que dan testimonio de su intervención en la historia. Al final del *Quijote*, dice la pluma refiriéndose al caballero, que «él supo obrar y yo escribir». A mí me bastaría con que estas ilustraciones sirvieran para dar un testimonio, siquiera lejano, de la acción de Dios. Y, «puesto que caminamos en fe y no en visión», me gustaría que, siquiera como en un espejo, pudiera adivinarse a través de ellas la belleza de los cielos nuevos y la nueva tierra, que, también a su modo, pintó el autor del *Apocalipsis*.

José Ramón SÁNCHEZ

ANTIGUO TESTAMENTO



EL ANTIGUO TESTAMENTO Y SU MUNDO

El Antiguo Testamento es el Libro de la religión de Israel, y la de Israel es la primera religión del Libro. Nacido de tradiciones orales de tribus y clanes diferentes puestas más tarde por escrito, el Antiguo Testamento recoge además otros libros de géneros muy distintos. El trabajo de elaboración abarca un período de más de mil años, y su reflexión se remonta hasta los orígenes del pueblo y, también, a los orígenes de la humanidad.

La historia bíblica tiene por marco tres escenarios fundamentales: Mesopotamia, que significa «entre ríos», pues se encuentra entre el Tigris y el Éufrates, región de extraordinaria importancia que ya hacia el año 3000 antes de Cristo fue un gran centro de civilización y de cultura. Egipto, de historia milenaria y que también en aquella época era un gran estado con una cultura riquísima. Y un pequeño país, en realidad una estrecha franja de tierra entre el mar Mediterráneo y el desierto, llamado Canaán, más tarde Palestina. Hablamos, por tanto, de una historia oriental y de unas culturas orientales que dejaron su huella en el pueblo del Libro.

Al parecer, fue a partir de la época monárquica (siglos XI-X antes de Cristo) cuando Israel comenzó a poner su historia por escrito, pero no partió de la nada: una larga memoria transmitida oralmente, de generación en generación, conservaba el recuerdo y los nombres de los tiempos primeros.

Mitos de los orígenes

El título del primer libro de la Biblia, el Génesis, habla ya del tema que va a desarrollar: el origen o génesis del mundo, de los seres humanos y del pueblo de Israel. En hebreo se llama beresit, que significa «al principio», pues comienza así: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra...». Los acontecimientos narrados en sus primeros capítulos (1-11) fueron redactados en fecha tardía, pero su contenido es muy antiguo y guarda relación con relatos mitológicos de otros pueblos como Sumer, Babilonia o Egipto.

El relato de la creación recoge dos tradiciones diferentes. En la primera, Dios crea mediante la Palabra un mundo que es «bueno», una vida que es «buena» y que Dios bendice y, finalmente, al ser humano «a su imagen y semejanza». Aunque guarda similitud con el gran poema mesopotámico «Enuma Elish», no recoge su visión pesimista y terrible.

Será el segundo relato, más antiguo, el que introduzca la realidad del mal, del fracaso, de la tentación. La acción transcurre en un desierto que Dios convierte en tierra fértil mediante un manantial; y del barro de esa tierra modela Dios al hombre. Este tema se recoge también en los mitos sumerios, en Egipto, en Grecia y en numerosos pueblos. Pero similitud no significa imitación: los autores bíblicos reelaboran los datos a partir de sus tradiciones y de la particular experiencia que Israel tuvo de su Dios.

La historia del diluvio muestra también elementos comunes con el diluvio narrado en el «Gilgamesh» babilónico, aunque en el relato bíblico Dios no se conmueve por las víctimas (lo que sí harán los dioses del poema); sin embargo, establece una alianza con Noé y su descendencia, con los animales y con todo lo que vive en la tierra. Los hijos de Noé se convertirán en los antepasados de la humanidad posterior al diluvio.

A pesar de las reelaboraciones sufridas por estos y otros relatos (como el de la torre de Babel), permanece la estructura mítica tradicional: creación, existencia paradisiaca de los antepasados, drama de la caída y sus consecuencias, degeneración de la humanidad primera que es castigada con el diluvio, y ruptura y dispersión de la segunda humanidad (la postdiluviana). Se escribe así una «historia sagrada» que trata de dar cuenta de la situación real de los seres humanos. Para Israel, esta historia va acompañada y reforzada por la bendición y la elección, la alianza de Dios y la promesa, que cobrarán toda su fuerza y valor a partir de Abrahám y, especialmente, de Moisés.

Orígenes de Israel

La historia de los antepasados, recogida en el Génesis (capítulos 12-50), comienza hace unos 4.000 años con Abrahám, en la ciudad de Ur, en la antigua Caldea (sur de Mesopotamia). Abrahám, el primero de los patriarcas, dejó su ciudad y emprendió camino, con su familia y su ganado, hacia la zona de Canaán. Las costumbres que nos muestra el relato son las habituales de los clanes y tribus que por aquella época poblaban el Oriente Próximo, pero aparece la novedad que marcará toda la Biblia: el mensaje personal que Dios dirige a Abraham, el pacto que establece con él, la promesa de un pueblo numeroso y la promesa de la tierra. La respuesta de Abrahám será en adelante modelo para el creyente. En la historia de Abrahám, de su hijo Isaac, de su nieto Jacob (Israel) y de José, el relato bíblico narra de forma legendaria la historia de las distintas tribus y clanes de pastores que en el curso de los tres siglos siguientes (del XVIII al XIV antes de Cristo) fueron penetrando en Canaán. Algunas de estas tribus, agrupadas alrededor del jefe de familia o patriarca, empujadas por el hambre y la sequía que con frecuencia assolaban su país, marcharon en diferentes ocasiones a Egipto, país de gran fertilidad, bañado por el Nilo.

Los descendientes de Jacob (Israel) permanecieron en Egipto alrededor de cuatrocientos años, y es aquí donde se sitúa el gran acontecimiento, centro de la religión de Israel, narrado en el libro del Éxodo. El fondo del relato es histórico, si bien ha sido reinterpretado tiempo después por un pueblo cuyo interés se dirige hacia una «historia sagrada» en la que se encontró con su Dios y se constituyó como pueblo. Es pues una «historia ejemplar» para todos los creyentes.

Egipto vivía una época crítica tanto en el plano político como en el religioso, y en ese marco (siglo XIII antes de Cristo) tiene lugar la salida de los hebreos. Por lo que sabemos, no fue la salida de todo el pueblo, sino de un grupo conducido por Moisés, al que luego se unirían otros clanes. Pero el relato de la opresión y, especialmente, de la salida y liberación es artículo central del credo de Israel y origen de su historia como pueblo. La intervención divina a favor de aquel puñado de esclavos, el descubrimiento del Dios liberador y compasivo, del Dios que interviene en la historia, marcará decisivamente a judaísmo y cristianismo, convirtiéndose en camino y modelo de otras liberaciones. Si el Dios de la época patriarcal era el Dios de «nuestros padres», es decir, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, a partir de ahora será «el Dios que nos sacó de Egipto», el Dios que libera de la esclavitud.

Y tras la salida y el largo caminar por el desierto, comienza la entrada en Canaán, la «conquista de la tierra prometida» y el reparto de la tierra entre las tribus. Se llama «época de los jueces» al período comprendido entre el 1200 y el 1020 antes de Cristo, en que Saúl es proclamado primer rey de Israel. Los clanes se unen y terminan organizándose como los pueblos vecinos. Pero la influencia ejercida por estos no es solo política; ya desde los años primeros de la conquista se advierte el influjo de los pueblos conquistados. La religiosidad cananea, cósmica y ligada a la tierra, penetró en las ins-

tituciones de Israel, y se asentó con fuerza en tiempos de Salomón, mientras era violentamente combatida, denunciada como idolatría, por los profetas, que lograron vaciar a la naturaleza de toda presencia divina: las formas tradicionales de la religión de los pueblos agrícolas, la alegría del vivir, el misterio de la fecundidad, la unión íntima entre la vida y la muerte, son poco a poco reemplazadas por la revelación de Dios en los hechos históricos, por la obediencia a una voluntad divina dueña del mundo y de la historia. El futuro, el tiempo, la historia, adquieren un valor desconocido por otros pueblos.

A la época monárquica sigue la división de los reinos (931 antes de Cristo). Después, la caída del reino del Norte (722 antes de Cristo), más tarde la del reino del Sur, la toma de Jerusalén, la destrucción del templo, el exilio y la deportación a Babilonia (597 antes de Cristo). Pero cambia la situación internacional, y Ciro, rey de los persas, conquista Babilonia (539 antes de Cristo), permitiendo a los deportados volver a su tierra. Comienza la época de la reconstrucción, seguida de nuevas dominaciones: Macedonia, Siria y Roma se turnarán en el poder, hasta la destrucción final de la nación judía (70-135 después de Cristo).

Así pues, los judíos fueron prácticamente siempre un pueblo oprimido, pero nunca se acostumbraron a la opresión. Fuera o dentro de su tierra, dispersos por el mundo, continuaron y continúan existiendo como pueblo, pues, por encima de todas las desgracias, algo los sostuvo siempre: su fe en el Dios del éxodo y de la alianza, y la Torá o ley de Moisés.

Su credo y su ley queda recogida en el Antiguo Testamento, así como su esperanza en el enviado o mesías que ha de hacer realidad las promesas de Dios en esta tierra.

Los libros

El Antiguo Testamento se presenta como una gran colección de libros agrupados por los judíos en tres partes:

- *La Ley (la Torá)*
- *Los Profetas (Nebiim) o*
- *Los Escritos (Ketubim)*

Esta división es, a grandes rasgos, similar a la de gran parte de las iglesias cristianas:

- *El Pentateuco, es decir, cinco libros (que corresponde a la Torá)*
- *Libros Históricos*
- *Libros Poéticos y Sapienciales*
- *Libros Proféticos*

Difiere sin embargo el número de libros incluidos. Para el judaísmo y las iglesias de la Reforma son treinta y nueve. Para la iglesia católica, cuarenta y siete. Veamos ahora la razón de estas diferencias.

En el dilatado espacio de tiempo de la historia de Israel, surgieron libros y tradiciones diferentes. Pero al considerar la Biblia como libro sagrado, se procedió a una selección, es decir, se estableció un «canon», que significa a la vez lista y norma.

La formación del canon judío del Antiguo Testamento es fruto de un largo proceso, que se dio por terminado hacia el año 70, tras la destrucción de Jerusalén. Los rabinos de Palestina prevalecieron sobre la escuela de Alejandría y otras comunidades, determinando los criterios a seguir. El núcleo fundamental es la Torá, es decir, la ley de Moisés, y la palabra de los profetas; otro criterio fue el de la antigüedad y el de la lengua. Así, los textos más recientes, escritos en griego o conocidos solo por las traducciones al griego, fueron rechazados de la Biblia hebrea

y considerados, todo lo más, como obras piadosas. Se excluyeron también libros de otras tendencias, como saduceos, esenios y textos apocalípticos.

Las iglesias cristianas, excepto las iglesias de la Reforma, que siguen el canon judío, aceptaron la llamada Biblia de los Setenta, traducción griega de la Escritura realizada en el siglo II antes de Cristo para los judíos dispersos por el mundo, y que incluye también libros más recientes. Esta fue la Biblia utilizada por los primeros cristianos, cuando el griego era la lengua común del Imperio romano.

LOS LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Pentateuco

Génesis (Gn)
Éxodo (Ex)
Levítico (Lv)
Números (Nm)
Deuteronomio (Dt)

Libros históricos

Josué (Jos)
Jueces (Jc)
1 y 2 Samuel (1S y 2S)
1 y 2 Reyes (1R y 2R)
1 y 2 Crónicas (1Cro y 2Cro)
Esdras (Esd)
Nehemías (Ne)
1 y 2 Macabeos (1M y 2M)

Profetas

Isaías (Is)
Jeremías (Jr)
Ezequiel (Ez)
Daniel (Dn)
Oseas (Os)
Joel (Jl)
Amós (Am)
Abdías (Ab)

Jonás (Jon)
Miqueas (Mi)
Nahúm (Na)
Habacuc (Ha)
Sofonías (So)
Ageo (Ag)
Zacarías (Za)
Malaquías (Ml)
Libro de Baruc (Ba)
Lamentaciones (Lm)

Libros poéticos y sapienciales

Salmos (Sal)
Job (Jb)
Proverbios (Pr)
Eclesiastés o Qohélet (Ecles o Qo)
Cantar de los Cantares (Ct)
Sabiduría (Sb)
Eclesiástico o Sirácida (Eclo o Si)

Relatos

Rut (Rt)
Tobías (Tb)
Judit (Jdt)
Ester (Est)

LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

El Evangelio

Evangelio según san Mateo (Mt)
Evangelio según san Marcos (Mc)
Evangelio según san Lucas (Lc)
Evangelio según san Juan (Jn)

Hechos de los Apóstoles (Hch)

Cartas

Carta a los Romanos (Rm)
Primera carta a los Corintios (1Co)
Segunda carta a los Corintios (2Co)
Carta a los Gálatas (Ga)
Carta a los Efesios (Ef)
Carta a los Filipenses (Flp)
Carta a los Colosenses (Col)

Primera carta a los Tesalonicenses (1Ts)
Segunda carta a los Tesalonicenses (2Ts)
Primera carta a Timoteo (1Tm)
Segunda carta a Timoteo (2Tm)
Carta a Tito (T)
Carta a Filemón (Flm)
Carta a los Hebreos (Hb)
Carta de Santiago (St)
Primera carta de Pedro (1P)
Segunda carta de Pedro (2P)
Primera carta de Juan (1Jn)
Segunda carta de Juan (2Jn)
Tercera carta de Juan (3Jn)
Carta de Judas (Jud)
Apocalipsis (Ap)

Años	Hechos	Libros
c. -1850	Salida de Abraham hacia Canaán (Palestina). Los Patriarcas.	<i>Génesis</i>
c. -1250	Moisés. Salida de Egipto.- Josué. Época de los Jueces. Entrada en Canaán e institución de la monarquía.	<i>Éxodo - Josué - Jueces</i>
c. -1000	David conquista Jerusalén.	<i>1 y 2 Samuel</i>
c. -970	Salomón. División del reino.	<i>1 Reyes y 1 Crónicas</i>
-722	Caída de Samaría en manos de los asirios. Fin del Reino del Norte.	<i>2 Reyes y 2 Crónicas</i>
-587	Caída de Jerusalén en manos de los babilonios. Destierro.	<i>2 Reyes y 2 Crónicas</i>
-539	Ciro, rey de Persia, conquista Babilonia. Palestina bajo dominio persa.	<i>Esdras</i>
-538	Edicto de tolerancia de Cyrus. Primer regreso de los deportados.	<i>Esdras</i>
c. -520	Reconstrucción del templo de Jerusalén.	<i>Nehemías</i>
c. -445	Nehemías reconstruye las murallas de Jerusalén.	<i>Nehemías</i>
-333	Alejandro Magno. Comienzo del período griego (333-63).	<i>1 Macabeos</i>
-167	Persecución de Antíoco Epifanes.	<i>1 Macabeos</i>
-166	Rebelión macabea.	<i>1 y 2 Macabeos</i>
-63	Conquista de Jerusalén por Pompeyo. Comienza el período romano (63 a.C.-135 d.C.).	
-37	Herodes el Grande, rey de Judea.	
-20	Se inicia la construcción del templo.	
c. -6-4	Nace Jesús de Nazaret.	<i>Evangelios</i>
-4	Muerte de Herodes.	
6	Judea se convierte en provincia romana. Judas el Galileo inicia la rebelión contra el opresor.	
18-37	Caifás, sumo sacerdote.	
26-36	Poncio Pilato, gobernador romano de Judea.	
c. 28	Actividad de Juan Bautista. Bautismo de Jesús.	
c. 29	Ejecución de Juan.	
c. 30-33	Crucifixión de Jesús.	
c. 35	Conversión de Pablo.	<i>Hechos de los Apóstoles</i>
40-41	Herodes Agripa I, rey de Judea y Samaría.	
c. 48-49	Asamblea o concilio de Jerusalén.	<i>Hechos de los Apóstoles</i>
49	Expulsión de los judíos de Roma.	<i>Cartas</i>
64	Persecución de los cristianos en Roma.	
64-67	Ejecución de Pedro y Pablo en Roma.	
66-70	Sublevación de los judíos.	
68	Destrucción de Qumram.	
70	Conquista y destrucción de Jerusalén. Incendio del templo.	<i>Apocalipsis</i>
73	Sitio de Masada.	
132-135	Segunda sublevación judía, acaudillada por Bar Kosiba.	
135	Conquista de Jerusalén. Destrucción de la nación judía.	

LOS ORÍGENES

(El libro del Génesis)

*Antes de que existiera el tiempo,
antes de que existiera la tierra;
cuando no existían
los pájaros ni las montañas;
cuando no había ni ríos ni flores,
ni árboles ni estrellas,
ni piedras ni caminos;
cuando no había hombres ni mujeres,
ni día ni noche,
ni lluvia ni rocío,
existía Dios.*

Y quiso Dios que otras cosas existieran.

*Se apartó entonces Dios
para hacer sitio al espacio,
y lo cubrió con su aliento.
Así se crearon los mundos.
Así comenzó la vida.*

LA CREACIÓN

(Génesis 1)

A través de los bosques y los
ríos,
los campos, las colinas, los
océanos,
el corazón terrestre ha exhalado
un aliento de vida, como
siempre,
con cambio y movimiento,
desde la gran mañana de los
mundos
cuando por vez primera Dios
iluminó el Caos;
en su corriente inmersas las
lámparas del Cielo
destellan con más pálidos
fulgores;
todas las mínimas cosas
hendidias de sagrada
sed de vida se vierten, palpitan
y consumen
el amor, la belleza de su joven
poder.
(Percy B. SHELLEY)

AL PRINCIPIO creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era un caos oscuro y sin luz, abismo y tinieblas. (Nada se veía y nada había que ver). Solo el aliento de Dios la envolvía. Y dijo Dios:

—Que exista la luz.

Y la luz existió.

Vio Dios que la luz era buena y la separó de las tinieblas: a la luz la llamó «día» y a las tinieblas «noche».

Pasó la tarde, pasó la mañana. Era el primer día de la creación.

El segundo día dijo Dios:

—Que las aguas de las nubes que traen la lluvia se separen de las aguas de la tierra.

Las aguas se separaron, y al azul que estaba por encima de la tierra lo llamó «cielo».

El tercer día dijo Dios:

—Que se junten las aguas de debajo del cielo en un solo sitio.

Las aguas se juntaron y dejaron muchos lugares vacíos. Llamó «mar» a las aguas y «tierra» a las partes secas y vacías. Vio Dios que era bueno y quiso continuar su creación. Dijo entonces:

—Que la tierra se llene de hierba y de árboles, de flores y de frutas.

Y la tierra se llenó de belleza. Y vio Dios que era bueno.

El cuarto día dijo Dios:

—Que haya luces en el cielo para separar el día de la noche, para señalar las fiestas, los días y los años, para iluminar toda la tierra.

Y así fue.

A la luz mayor la llamó «sol», y llamó «luna» a la más pequeña, que estaba rodeada de estrellas. Y a Dios le pareció muy hermoso.

El quinto día dijo Dios:

—Que haya peces en las aguas del mar y vuelen los pájaros sobre la tierra.

Y así fue.

Vio Dios que era bueno y bendijo a los animales diciéndoles:

—Creced y multiplicaos.

Y miles de peces de todas clases comenzaron a nadar en las aguas, y miles de pájaros cantaban y volaban bajo el cielo.

El sexto día dijo Dios:

—Que vivan en la tierra toda clase de animales.

Y así fue.

Hubo animales grandes y pequeños, fieros y mansos, veloces y lentos, animales salvajes y animales domésticos. Y vio Dios que era bueno.

Ese mismo día dijo Dios:

—Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza.

Y así fue.

Creó al ser humano a su imagen, los hizo varón y mujer y les dijo:

—Creced, tened hijos, poblad la tierra, cuidadla. Ella os dará grano y fruta para que comáis vosotros, y mucha hierba para que coman los animales.

Y así fue.

Vio Dios todo lo que había hecho y le pareció muy hermoso. El mundo se había llenado de vida: plantas, piedras, pájaros, flores y estrellas, el sol y la noche, mares y montañas, el hombre y la mujer. Y todo era muy bueno.

El séptimo día, feliz, Dios descansó y bendijo aquel día en que quedó terminada la creación.

Así contaban los ancianos y las ancianas lo que también a ellos les habían contado siendo niños. Cuando por la noche, bajo el cielo estrellado, se reunían a cantar y a reír, las madres llamaban a las hijas y a los hijos, también a los más pequeños, para que fueran conociendo su historia y la historia de su tierra.

No es que pensarán que el mundo se había creado en siete días, pero aquella era un forma de contarlo, de explicar el Misterio de la Vida para que todos pudieran comprenderlo, porque, para los judíos, siete son los días de la semana, y el último de ellos, el sábado, es el día dedicado a Dios. Además, el siete es un número especial, el número de la totalidad y la perfección. Por eso la creación es tan hermosa aunque aún no esté terminada: todavía tienen que suceder muchas cosas y nacer muchas gentes antes de que se llegue al final.

(Muy lejos de allí, en tierras que sus ojos no podían ver, otras gentes, otros pueblos, miraban al cielo estrellado y se preguntaban de dónde venían las estrellas, de dónde el cielo y la tierra, el hombre y la mujer. Entonces, las ancianas y los ancianos del lugar contaban otra historia, la historia que también sus madres y sus padres les habían contado, porque cada pueblo piensa sus orígenes de manera distinta y es bueno que sea así).

Laima daba muchas vueltas a lo que le contaban. Si el mundo no estaba terminado, Dios no podía descansar —pensaba—, así que tenía que continuar creando y sosteniendo lo creado; porque crear era lo mismo que ordenar lo que estaba revuelto, hacer que hubiera luz y calor y cosas hermosas. Todo estaba lleno del aliento de Dios, todo estaba lleno de vida, que era lo mismo que decir que en todo estaba Dios y que nada había fuera de Dios... aunque Laima no acababa de entenderlo.

Lo que más le gustaba sin embargo era la creación de los seres humanos: a imagen de Dios, semejantes a Dios los dos, el hombre y la mujer; los dos tenían que cuidar las plantas y los animales y hacerlo, como Dios, con mucho cariño; nadie era más importante que nadie, porque Dios los había hecho iguales.

Pero Laima veía que esto no era así.

Al atardecer, cuando sentían que la noche y el frío se acercaban, todos juntos soñaban con un mundo mejor, un mundo en el que no hubiera tristeza ni dolor y solo se escucharan los cantos y las risas. Recordaban el sufrimiento de su pueblo y se preguntaban de dónde venían las lágrimas...

Contaban entonces otra historia que sus madres y sus padres les habían contado y que también contaban otras gentes. La historia del paraíso perdido.

Yo soy la Vida ardiente de la Sabiduría divina, yo inflamo la belleza de las llanuras, yo enciendo el espejo de las olas, yo brillo en el Sol, la Luna y las estrellas, yo soy la brisa que alimenta y hace verdecer todas las cosas. Yo soy el rocío que hace reír y bailar de alegría cada brizna de hierba.
(Hildegard VON BINGEN)

EL PARAÍSO Y LA SERPIENTE

(Génesis 2 - 3)

En el Edén no había lluvia.
Inmóvil, puro estaba el cielo.
No se sabía qué eran lágrimas.
Dios respiraba en su azul quieto.

La lluvia ha sido dada al hombre
para consuelo en el destierro;
como el amor y la belleza,
como el recuerdo, como el
sueño.

(José María VALVERDE)

Amor es el retraso milagroso
de su término mismo:
es prolongar el hecho mágico
de que uno y uno sean dos,
en contra
de la primer condena de la vida.
(Pedro SALINAS)

¿Cuál fue el fruto
del árbol prohibido?
Tradicionalmente
ha venido admitiéndose
que era una manzana,
probablemente a causa de
un malentendido lingüístico
(en latín *malum* significa a la
vez «el mal» y «la manzana».
Pero tampoco en esto la
tradicción ha sido unánime:
en un capitel del claustro
románico de la ciudad
francesa de Moissac,
el fruto del árbol prohibido
curiosamente es un plátano.
El plátano también figura
en otras mitologías.

CUANDO DIOS HIZO EL CIELO Y LA TIERRA, no había aún hierba en el campo, ni árboles, ni flores, porque todavía no existía lluvia que empapara la tierra, ni hombres y mujeres que la cuidaran. Cogió entonces Dios un poco de barro del suelo y se puso a hacer una figura. Cuando la terminó, sopló en su nariz aliento de vida, y la figura vivió: así creó Dios al ser humano.

Después plantó un jardín en Edén, allá hacia el Oriente, y lo llenó de toda clase de árboles y flores. En medio del jardín puso dos árboles maravillosos: uno era el árbol de la vida, que estaba justo en el centro del parque, y el otro, el árbol del conocimiento del bien y del mal. Había también un río de aguas frescas y cristalinas, que nacía allí mismo y regaba los árboles y las plantas y las flores.

Dio este jardín al ser humano para que lo cuidara y lo cultivara, pero le dijo:

—Puedes comer los frutos de todos los árboles del jardín, menos los de aquel árbol del conocimiento del bien y del mal; si los comes, morirás.

El ser humano se sentía muy solo en aquel jardín maravilloso, así que Dios volvió a coger barro y con él modeló las fieras salvajes, los pájaros y los animales domésticos, y se los llevó para que le hicieran compañía. Pero ninguna voz humana respondía a sus palabras.

A Dios le entristecía ver tanta tristeza y tanta soledad, y se puso a pensar cómo darle alegría. Le hizo entonces caer en un profundo sueño y de su costado formó una mujer: a partir de ese momento el ser humano no estaba solo: ahora eran dos en uno, hombre y mujer.

El hombre y la mujer vivían felices en el parque, se bañaban en el río y paseaban desnudos entre las flores, comían las frutas jugosas de los árboles y eran amigos de los pájaros y de todos los animales.

La serpiente era el más listo de los animales que Dios había creado; un día se acercó a la mujer y estuvo hablando con ella. Al rato le preguntó:

—¿Conque Dios os ha prohibido comer los frutos de los árboles, eh?

—¡No! —dijo la mujer—. Podemos comer de todos los árboles del jardín. Solo nos ha dicho que si comemos los frutos del que está en el centro moriremos.

—¡Qué va! No moriréis —contestó la serpiente—. Lo que pasa es que Dios sabe que, si coméis de ese árbol, seréis como Él y conoceréis el bien y el mal.

La mujer miró aquel árbol: era precioso, con sus hojas tan verdes y sus frutos brillantes. Le apetecía comer de él; quería también ser sabia, tener conocimiento.

Cogió fruta del árbol, comió, y la compartió con su compañero. Al instante, se dieron cuenta de que estaban desnudos, así que se cubrieron con unas hojas de higuera.

Paseaba Dios por el jardín, y el hombre y la mujer se escondieron para que no los viera. Dios los llamó:

—¿Dónde estáis?

Ellos le contaron lo que había pasado. El hombre echó la culpa a la mujer, y la mujer explicó su conversación con la serpiente. Maldijo entonces Dios a la serpiente y los arrojó del Paraíso, pues pensó: «Ya conocen el bien y el mal, son como nosotros. Solo les falta comer del árbol de la vida y vivir para siempre».

El hombre llamó Eva a la mujer, que quiere decir madre de todos los vivientes, y Dios hizo ropa para que se vistieran.

Luego los echó del jardín del Edén, y hacia el oriente del parque colocó a unos ángeles con espadas de fuego, cerrando así el camino que lleva al árbol de la vida.

Cuando el anciano terminó su relato, todos quedaron en silencio. Estaban tristes y cansados. No acababan de comprender por qué habían perdido el Paraíso, por qué no podían regresar a aquel jardín maravilloso donde podrían vivir felices, sin trabajos ni fatigas; solo sabían, porque se lo habían repetido muchas veces, que, desde el principio, los seres humanos nacían con una mezcla de bien y de mal en el corazón y que por ello no podían tener en el mundo felicidad completa. Prueba de ese mal había sido la acusación del hombre a la mujer, y la forma de desobedecer ambos a Dios. (Eso es lo que llamarían después el pecado original). Pero Dios no los había abandonado.

Laima, como siempre, daba vueltas a la historia. Pensaba en el jardín del Oriente y le parecía estar allí, entre plantas y animales, jugando y riendo con ellos. Luego llegaba Dios y también Él jugaba con el barro y de barro hacía al ser humano: *Adam* —que en hebreo quiere decir sacado de la tierra—; pero Adam estaba solo, era una sola persona y estaba triste porque no tenía con quién hablar. Entonces lo dormía y al despertar ya no era uno, sino dos: varón y mujer, imagen de Dios. Y Eva había sido la fuente del despertar.

A Laima le intrigaba lo del sueño, recordaba cuánto le gustaba soñar, porque casi siempre tenía sueños preciosos, y le intrigaba también lo de la serpiente, porque no le daba miedo y le gustaba mirarla cuando dormía sobre las piedras tomando el sol.

La mujer había recibido el nombre de Eva. «Eva, Eva, Eva», gritaba Laima, y el viento repetía dulcemente: «Eva, Eva, Eva». Sin embargo, el varón no tenía todavía nombre, aunque después se quedaría con el de Adán, es decir, le llamarían hombre.

Pero lo más importante era que los dos juntos habían comenzado la aventura de vivir, se habían puesto en camino, y Laima esperaba que, al final, llegarían al país de las risas, donde el llanto y el dolor habrán dejado de existir.

El frío iba en aumento y poco a poco fueron acercándose a la hoguera. Fue entonces cuando apareció la mujer extranjera. Venía de muy lejos; sus pies estaban llenos de polvo, y sus ropas, ya gastadas, apenas bastaban para abrirla. En cuanto vieron su rostro supieron que pertenecía a otro pueblo, a otra raza. Una anciana le trajo algo de comer y de beber mientras los más jóvenes avivaban el fuego con ramas secas y plantas aromáticas. Una vez hubo descansado, les dio las gracias por su hospitalidad y preguntó si podría quedarse algún tiempo entre ellos. Se apartaron los ancianos a deliberar y, entre tanto, muchachas y mucha-

No habrá muerte,
no habrá llanto,
no habrá gritos ni fatigas,
porque el mundo viejo
ha pasado.
(*Apocalipsis* 21,4)

Formó
de tierra y de saliva un hueco,
el único
que pudo al cabo contener la luz.
(José Ángel VALENTE)

EPITAFIO SOBRE LA TUMBA DE EVA
Donde ella estaba,
estaba el paraíso.
(Mark TWAIN)



De sus espadas
harán rejas de arado,
y de sus lanzas, hoces.
No se armarán
pueblo contra pueblo,
ni se ejercitarán
para la guerra.
(Isaías 2,4)

chos se acercaron a ella y le pidieron que les contara de dónde venía, cómo eran las tierras que estaban más allá de las montañas.

La extranjera cubrió su cuerpo con la manta que Laima le ofreció y comenzó su relato. Pertenecía a un pueblo muy antiguo, un pueblo ahora vencido que había vivido cientos de años en paz; durante mucho tiempo no conocieron la guerra, no habían fabricado armas ni defensas, no tenían ni amos ni esclavos y vivían amándose entre sí, amando la tierra y los árboles, amando las estrellas y los mares, (sintiendo que todos juntos formaban una gran familia, una familia muy distinta a las que ella había conocido después).

Vivían en pequeñas ciudades con tantas fuentes y jardines que desde las casas, llenas de luz, podían sentir el cálido aliento de las flores y acariciar las hojas perfumadas de los árboles. Les gustaba especialmente la música, la danza, el arte; así que utilizaban los metales y piedras preciosas para hacer lindos instrumentos musicales, para adornar los pozos y las calles, y en las habitaciones de las casas, siempre abiertas, podían verse hermosas y alegres pinturas llenas de mariposas y águilas reales, de rosas y de cedros.

Mujeres y hombres vivían y trabajaban juntos, como iguales, cultivaban la tierra y cuidaban de la ciudad. Entre todos decidían la marcha de las cosas, respetando y escuchando a todos, hombres y mujeres, pequeños y grandes, pero prestando especial atención a quienes por su experiencia o sabiduría habían alcanzado el reconocimiento de la comunidad.



También su pueblo adoraba el Misterio de la Vida, misterio que veían en toda la creación y al que llamaban la Diosa; ella era la Gran Madre de la que procedía la vida en todas sus formas, y podían verla en las grutas y en los montes, en las riberas de los ríos y en las arenas del desierto: ella era la vida de todo lo que vive y la muerte de todo lo que muere. Por eso se sabían hermanas y hermanos, y les gustaba celebrar fiestas en honor de la naturaleza, de los animales y plantas, en honor de la tierra, del sol y las estrellas.

Al llegar aquí, la extranjera se detuvo. Sus ojos se habían llenado de lágrimas y su rostro reflejaba una profunda tristeza. No podía olvidar la historia que había escuchado al llegar, la historia del paraíso perdido, la historia del mal y la serpiente.

Tras un momento de silencio, continuó; sus palabras cobraron una extraña fuerza, y ella misma parecía transformada. Les contó que para ellos la serpiente era sagrada, símbolo de la Diosa y de su sabiduría, símbolo de las aguas de las que todo procede y del renacer continuo de la vida. Nadie la temía, y podía encontrársela en casas y jardines, como una más de la gran familia. Les dijo también que el árbol de la vida y el árbol del conocimiento eran para su pueblo dones divinos, dones que solo podían alcanzar, como en una gran ceremonia de iniciación, cuando se atrevían a salir de la seguridad para vivir la aventura de la búsqueda del conocimiento, a través de la vida y de la muerte, pero sabiendo que contaban siempre con la mirada protectora de la Diosa.

...Se levantan
con desazón, y observan al
mirarse
cuán abiertos tienen ambos los
ojos
y lo oscuras que ambos tienen
las almas;
la inocencia, que cual velo los
había
protegido de conocer el mal,
se había desvanecido;
la auténtica
confianza, la rectitud natural
y el honor de su entorno se
evadieron...
(John MILTON)

La voz de la extranjera cobraba cada vez más fuerza, como si quisiera que nadie olvidara sus palabras:

—Vivíamos felices hasta que llegaron los pueblos guerreros, pueblos de pastores y nómadas que adoraban a un dios guerrero. Destruyeron y saquearon nuestras ciudades, mataron a hombres, mujeres y niños, hicieron esclavo a mi pueblo. Convirtieron a nuestros dioses en ídolos; a la Diosa, en símbolo del mal. Y sobre nosotros y nuestras creencias cayó una sombra oscura. Sin embargo, algo aprendieron de nosotros...

El regreso de los ancianos interrumpió su relato: habían decidido que podía quedarse entre ellos. La noticia llenó a todos de alegría; así que, muy contentos, se arrimaron más al fuego para escuchar la historia que otro anciano se disponía a contar.

CAÍN Y ABEL

(Génesis 4)

EL HOMBRE SE UNIÓ A EVA, su mujer, y tuvieron dos hijos, Caín y Abel. Caín, el mayor, cultivaba la tierra, y Abel, el hermano menor, era pastor.

Cuando llegó el momento, los dos hermanos hicieron sus ofrendas a Dios: Caín le ofreció frutas, trigo, y otros productos de la tierra; Abel, por su parte, le ofreció las mejores ovejas de su rebaño. Pero Dios prefirió la ofrenda de Abel a la de Caín, y este andaba enojado y cabizbajo. Dios le dijo:

—¿Por qué estás enfurecido y andas cabizbajo? Si hicieras el bien, no andarías así y podrías ir con la cara bien alta. El mal está al acecho en tu corazón, pero puedes vencerlo.

Caín no podía olvidar lo sucedido, así que una mañana marchó con su hermano Abel al campo y, una vez allí, lo mató. En seguida escuchó la voz de Dios que le decía:

—Caín, ¿dónde está tu hermano?

—No sé —respondió—. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?

Entonces dijo Dios:

—¿Qué has hecho, Caín? La sangre de tu hermano grita desde la tierra y la tierra te maldice. A partir de ahora, andarás errante y perdido por el mundo.

Caín se sintió muy apenado, y dijo a Dios:

—Sé que he hecho mal y siento ahora haberlo hecho. Pero si tú me maldices y me echas de esta tierra, tendré que andar escondido, fugitivo y errante por el mundo; cualquiera podrá matarme.

Dios no quiere la muerte, así que puso sobre Caín una señal para que, si alguien se encontraba con él, no lo matara.

Se alejó Caín de la presencia de Dios y habitó en la Tierra Perdida, al este de Edén.

Pasado el tiempo, Caín se unió a su mujer y esta tuvo un hijo, al que llamaron Henoc. Caín construyó una ciudad y le puso el mismo nombre que a su hijo. Allí vivió con su familia, que fue muy numerosa. Entre ellos estaba Yúbal, el antepasado de los que tocan la cítara y la flauta, y Tubalcaín, forjador de herramientas de bronce y de hierro.

Ya asesinaste a tu postrer
hermano:
ya estás solo.
¿Adónde huirás, Caín, postrer
Caín? [...]

Pero la vida es más fuerte que tú,
pero el amor es más fuerte que tú,
pero Dios es más fuerte que tú.
Y arriba, en astros sacudidos por
huracanes de fuego,
en extinguidos astros que, aun
calientes, palpitan
o que, fríos, solejan a otras
lumberas jóvenes,
bullendo está la eterna pasión
trémula.
Y, más arriba, Dios.

Húndete, pues, con tu torva
historia de crímenes,
precipítate contra los vengadores
fantasmas,
desvanécete, fantasma entre
fantasmas,
gélida sombra entre las sombras,
tú, maldición de Dios,
postrer Caín,
el hombre.
(DÁMASO ALONSO)

Laima miraba a la extranjera. Aquí sí estaba el mal, pensaba, en la envidia y el desamor que hacen daño y matan a los otros. Ese era el pecado contra Dios. Hasta la tierra gemía y gritaba, herida y desconsolada, cuando herían a sus hijos, hechos de barro; pero nadie la escuchaba. Había que aprender a escuchar. Porque no eran solo la tierra y las estrellas, los árboles, los pájaros y las personas: también las historias que nos cuentan hablan por debajo, como en un susurro, contando otras historias.

Hasta ese día Laima había oído muchas veces la historia de Caín y Abel, pero ahora la historia le decía más cosas. Le decía que estaba hablando de las luchas entre los pueblos de pastores, representados por Abel, y los agricultores como Caín; hablaba del largo enfrentamiento entre los nómadas y los habitantes de la ciudad. Y como quien contaba la historia pertenecía a un pueblo nómada y pastoril, ponía a Dios de su lado. Pero la vida siempre tiene dos caras. Por eso, no basta con aprender a escuchar, hay que aprender también a mirar.

Laima empezó a mirar a la historia que acababa de escuchar. Y la historia seguía hablándole bajito:

«Por debajo y por encima y dentro de lo que te han contado —le decía—, está siempre Dios. Está como escondido, está en lo más pequeño, está también en lo que los seres humanos desprecian y maldicen, pero está. Dios no abandonó nunca a Caín, eso es lo más importante. Recuérдалo siempre, Laima, aprende a escuchar y a mirar».

Laima miró de nuevo a la extranjera; ¿qué pensaría? Ella pertenecía a un pueblo diferente, adoraba a un dios diferente; sin embargo, sus grandes ojos parecían decirle: «No te fijes en eso, piensa ante todo en la pregunta de tu Dios: ¿dónde están tus hermanos? Piensa también que esa es la historia de lo que nunca más debería suceder». Pero seguía sucediendo.

Era ya muy tarde y todos se fueron a descansar. Quedaban todavía muchas noches y muchas otras historias que contar.

«¡Tanto amor y no poder nada
contra la muerte!»

Pero el cadáver, ¡ay!, siguió
muriendo.

Le rodearon millones de
individuos,
con un ruego común: «¡Quédate,
hermano!»

Pero el cadáver, ¡ay!, siguió
muriendo.

Entonces, todos los hombres de
la tierra
le rodearon; les vio el cadáver
triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse
a andar...
(CÉSAR VALLEJO)

Desde el rincón oscuro y
olvidado
—donde Tú me recluyes, Dios—
veo pasar los hombres.
Jadeantes.
Intento comprenderlos.
Digo siempre:
«Si la meta es común,
¿por qué este desamor en la
carrera?»
(MARÍA ELVIRA LACACI)

Y FUE POBLÁNDOSE LA TIERRA

(Génesis 4,25 - 6,5)

DIOS HABÍA CREADO A ADÁN A SU IMAGEN Y SEMEJANZA, varón y hembra; los había bendecido y había llamado «Hombre» a los dos.

Tras la muerte de Abel, Adán y Eva tuvieron otro hijo, Set, a su imagen y semejanza, y, después, muchas hijas e hijos más. En aquellos tiempos los seres humanos vivían muchísimos años y de algunos todavía se recuerdan los nombres, como el de Matusalén, el abuelo de Noé.

(Se cuenta que las mujeres de entonces eran muy sabias y hermosas, y que de ellas nacieron los héroes antiguos; se cuenta también que en la tierra vivían enormes gigantes).

La humanidad comenzó a multiplicarse bajo la mirada atenta de Dios, que se dijo: «No permanecerá mi aliento para siempre en el ser humano, porque no es más que carne; la duración de su vida será de ciento veinte años». Y así se acortaron los días de los hombres.





ÍNDICE

<i>Prólogo: LOS COMEDORES DE LETRAS</i> , por Gustavo Martín Garzo	5
<i>Introducción: LA BIBLIA CONTADA A TODAS LAS GENTES</i> , por María Tabuyo Ortega	11
<i>COMO EN UN ESPEJO</i> , por José Ramón Sánchez	15

ANTIGUO TESTAMENTO

EL ANTIGUO TESTAMENTO Y SU MUNDO	18	La sabiduría de Salomón	116
LOS ORÍGENES (<i>El libro del Génesis</i>)		El Templo	117
La creación	24	La reina de Sabá	118
El Paraíso y la serpiente	26	Las sombras de Salomón	118
Caín y Abel	30	NORTE CONTRA SUR (<i>Los libros de los Reyes</i>)	
Y fue poblándose la tierra	31	La división del reino	122
El diluvio	34	Elías	123
La torre de Babel	36	La viuda de Sarepta	123
Abraham	38	Elías y los sacerdotes de Baal	126
Los hijos de Abraham	40	El susurro de la brisa	127
Agar e Ismael	40	La viña de Nabot	128
Isaac	41	Elías y el carro de fuego	128
Rebeca	44	Eliseo y Naamán	130
Esaú y Jacob	45	LOS PROFETAS (<i>Amós, Oseas, Isaías, Miqueas, Jeremías, Ezequiel</i>)	
José	48	Fin del reino del Norte	134
LA LIBERACIÓN Y LA EXPERIENCIA DEL DESIERTO		Caída de Samaría	134
(<i>El libro del Éxodo</i>)		Profetas del reino del Norte	135
Moisés	54	Amós	136
Misión de Moisés	55	Oseas	137
Las plagas	57	El reino del Sur	140
La Pascua	58	Isaías	140
El paso del Mar Rojo	59	Miqueas	143
En el desierto	62	La reforma de Josías	143
En el monte Sinaí	63	Jeremías	144
El becerro de oro	63	La caída de Jerusalén	146
Muerte de Moisés	64	El destierro	147
La burra de Balaán	67	El profeta Ezequiel	147
LA CONQUISTA (<i>El libro de Josué</i>)		Cautivos en Babilonia. Nace el judaísmo	150
Josué	72	Un profeta desconocido: el segundo Isaías	151
EN LA TIERRA PROMETIDA (<i>El libro de los Jueces</i>)		Otro profeta desconocido: el tercer Isaías	152
Los Jueces	78	LA VUELTA DEL DESTIERRO (<i>Esdras y Nehemías, Jonás, Rut</i>)	
Débora	78	Nehemías	156
Gedeón	80	Esdras	157
La triste historia de la hija de Jefté	82	Relatos	160
Sansón	83	Jonás	160
LA MONARQUÍA (<i>Los libros de Samuel</i>)		Rut	164
Samuel	90	Salmos	166
Vocación de Samuel	91	SABIDURÍA Y CANTO EN ISRAEL (<i>Job, Eclesiastés, Cantar</i>)	
El Arca de Dios en poder filisteo	95	La sabiduría de Israel	168
Israel quiere un rey	95	Job	168
Saúl, rey	96	El Eclesiastés, o Qohélet	174
EL ESPLENDOR DE LA MONARQUÍA (<i>David y Salomón</i>)		El mejor cantar	175
David	98	LIBROS DE PERSECUCIÓN (<i>Macabeos, Daniel, Judit</i>)	
David y Goliat	98	La helenización	180
David, Saúl y Jonatán	100	Los Macabeos	180
David, rey	102	Martirio de Eleazar	181
Traslado del Arca a Jerusalén	102	Martirio de una madre y sus siete hijos	181
El profeta Natán y la promesa de Dios	104	La rebelión macabea: Matusías y sus hijos	182
David y Betsabé	105	Otros escritos	186
David se arrepiente	105	Daniel y sus amigos en Babilonia	187
La desdicha de David	108	El sueño y la estatua de oro	187
Los Salmos	109	El festín de Baltasar	189
Salomón	114	Daniel en el foso de los leones	192
El juicio de Salomón	114	Judit	193

NUEVO TESTAMENTO

ISRAEL EN TIEMPOS DE JESÚS	198	LOS EVANGELIOS DE LA INFANCIA (<i>Mateo 1-2 y Lucas 1-2</i>)	
PALESTINA EN EL SIGLO I	204	Relatos del nacimiento de Jesús	278
LOS EVANGELIOS		Evangelio de san Mateo	278
Los Evangelios	206	La visita de los Magos	280
Un hombre extrañamente libre	206	Huida a Egipto	281
Juan el Bautista	207	Matanza de los niños	281
Bautismo de Jesús	208	De Egipto a Nazaret	282
Tentaciones en el desierto	210	Anuncio del nacimiento de Jesús	284
Jesús el profeta	211	El Magnificat	285
Los primeros discípulos	212	Nacimiento de Jesús	288
Gente de mala fama, amiga de Jesús	212	LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES	
Hacer bien en sábado	213	La ascensión de Jesús	294
El sermón de la montaña	216	La primera comunidad	295
El sermón del llano	217	Pentecostés	295
Otras palabras de Jesús	217	Judíos y cristianos	298
La oración de Jesús	220	Pedro y Juan	298
Dónde está Dios. Necesidad de actuar	220	Los helenistas	299
Acciones y signos de Jesús	221	Esteban	299
Las parábolas	226	La persecución	302
Las parábolas de la misericordia	230	Cristianos y paganos	302
La samaritana	232	Pedro y los paganos	303
Muerte de Juan el Bautista	234	En el camino de Damasco	305
En medio de dificultades	234	Los viajes de Pablo	308
El mandamiento principal	235	Asamblea en Jerusalén	309
Hacerse como niños	238	Pablo en Atenas	310
El joven rico	238	Corinto	311
Como los lirios del campo	239	Incidente con Pedro	312
Zaqueo	240	Tercer viaje	312
La resurrección de Lázaro	240	Viaje a Jerusalén	312
Entrada en Jerusalén	244	En prisión	314
Mercaderes en el Templo	245	CARTAS DE LOS APÓSTOLES (<i>Las cartas de Pablo</i>)	
Denuncia de los escribas y fariseos	248	La próxima venida del Mesías	318
La limosna de la viuda	248	Un himno al amor	320
La mujer adúltera	248	Una carta de esperanza	321
La conspiración	249	La relación de judaísmo y cristianismo	322
Unción en Betania	249	La libertad cristiana	324
Jesús lava los pies a sus discípulos	252	OTRAS CARTAS (<i>Santiago y Juan</i>)	
La última cena	252	La carta de Santiago	326
Anuncia la negación de Pedro	256	La religión verdadera	326
En Getsemaní	256	La fe sin obras	327
Arresto de Jesús	256	La primera carta de Juan	328
Jesús ante el Sanedrín	260	Solo es de Dios quien practica la justicia	330
Pedro niega a Jesús	261	Dios es amor	331
Muerte de Judas	261	RESISTENCIA Y CONSOLACIÓN	
Jesús ante Pilato: condenado a muerte	262	(<i>Un libro en la tradición profética</i>)	
La crucifixión	266	El Apocalipsis	334
Entierran a Jesús	268	Lo que va a suceder	335
El sepulcro vacío	268	El libro y el ángel	336
Apariciones	269	La mujer y el dragón	338
Aparición a María Magdalena	269	El cielo nuevo y la tierra nueva	339
En el camino de Emaús	270		
Tomás el incrédulo	271		

Esta *Biblia contada a todas las gentes* nace con la intención de acercar el texto bíblico de manera sencilla, al alcance de todos, tratando de recorrer los pasajes más significativos, ofreciendo una visión de conjunto. Además de estos fragmentos, la autora ha elaborado otra narración en la que se ofrecen datos suficientes para que el lector pueda ir adentrándose en el texto y comprender por sí mismo.

Acompañando a esta selección encontraremos también un conjunto de textos literarios que tienen como fuente o como tema la tradición bíblica, sin olvidar las excelentes ilustraciones de José Ramón Sánchez (Premio Nacional de Ilustración 2014) que hacen de este libro una obra de arte.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1541169

ISBN 978-84-698-4639-1



9 788469 84639 1